

Signos de admiración

AMARGA MEMORIA

MANUEL ANDUJAR

ESTOS signos de admiración se transmutan en grafito de exclamaciones, interjectiva prosapia y exprimidas rabias: porque pública existencia y destrabada circulación adquieren los versos que, con intacta fuerza, reservaron durante tantos oprobiosos años su ardiente escritura y gallarda rima. Una "memoria amarga" que quizá implique perdón, si tardía nobleza obliga; jamás olvido.

De 1956 a 1977, un poeta (del exilio interior, que empieza a revelarse y debemos descubrir, alrear, para educativa advertencia general y singular aviso de vocingleros incautos) recogió sus acbares, sustentándolos en esperanza indomeñable. Hombre, como todos los de talla completa, de vetas polémicas, objetoras y contradictorias, curtido en asperezas y ternuras, pertenece al género de españoles que, por origen, padecer y experiencia populares, se apartan, radicalmente, de la vasta geografía peninsular del señoritismo carpetotónico, según el sólido calificativo del maestro Corpus Barga.

La españolidad de lugar —alcarreño— y de casta —artesanal— de nuestro agonista revive las profundas sentencias coloquiales de "Belarmino y Apolonio", la gran novela, en accidental rincón, de Ramón Pérez de Ayala, y proclama un raro, inflexible espíritu de justicia, a tramos rayano en lo fiscal.

Lleva a cuestras "la pena verde que da el silencio de Castilla", y nos habla, la cachava en escarabe de terrones, "de esta soledad tan combatida / donde el odio desvela sus raíces / y la serpiente delatora silba / desde la oscuridad, quitando el sueño".

He aquí, muy verbalizada, la rotundidad ("chulear, pajarear") de una de las más apasionadas y merecidas invectivas del régimen que degradó la condición de España y la personalidad de sus hijos legítimos. Y que cuando apela al símil rudo, agresivo, a la frase restallada y primigenia, es por rechazo de la tiña y la carroña, y del desafiado, en derredor y en sí sufridos.

No tropezamos, por tanto, con esas pautas a las que hubieron de amoldarse otras expresiones ilustres, mediante elipsis y rodeos, circunloquios y saetas, sino que es directa acusación, abierta iracundia. O bien, sin pallativos, el viril desencanto: "Ponemos bellos nombres / a torpes realidades / que a veces suenan alto / —honor, Dios, patria, padre— / y luego están vacíos".

Ocho romances testamentarios —lo notarial en cabeza— que vertebran los poemas adyacentes de la navajeadada circunstancia. Textos de varia extensión, para mí entender y compartir más significativos los concentrados, de cuasi labriega parquedad y tino. Acido fruto de la desgracia instituida, contienen el dolor del socializado escarnio, replican a una actualidad empozoñada, aceptan ese



Ramón de Garciasol.

condicionamiento y desafían a las muertes caedizas. Sin embargo, en la gavilla abundan airadas coplas que vibrarán en cualquier futuro momento, descascaradas de anécdota. Idioma forjado el suyo y de una honda raíz reivindicativa, de la dignidad humana que el cancerante despotismo agredió con sádicas reiteraciones.

De aquella desplegada iniquidad y de sus salpicaduras de vileza nos salva también la voz —profética, misonal, tonante y tronante, a ratos a lo quevedesco emparentable— de Miguel Alonso Calvo, luego Ramón de Garciasol, que escupe a la falsaría "paz de España" su "amarga memoria", enderezada a particular y colectiva meditación: "... ganas de verle / al destino la cara, / de saberle: / por qué pasas, pasamos, / por qué duele / ahí dentro misterio..."

Entre la literatura testimonial que sobre esta aciaga época, la de la dictadura, aún vigente en determinados artilugios y mentalidades, se produjo a usanza marginal y alusiva, o hubo de reconocerse en humillantes calleares, la "Amarga memoria de la paz de España" ventila una serie de imprecaciones, por lo común de orden ético, que reflejan atmósferas y emplazamientos y no rebabas de mostrencos sucesos. Algo más que un libro: la manifestación vital de quien capaz de jocundeces, anclado en límpidos sueños de infancia (que nos aguardan en sus cuentos evocadores, "Las horas de amor y otras horas"), imbuido moralista y peregrino de trascendencias, obligado se vio a crispar los puños y a rechinar los dientes, a caminar, confinado el albedrío, el espíritu consustancial, por el bullicio y vanagloria matritenses.

Ya respira Miguel Alonso Calvo, Ramón de Garciasol, a pleno pulmón, aliviado. Ya rinde fervoroso, renovado tributo, en obra de fresca tinta, a Rubén Darío.

Ante su "Amarga memoria de la paz de España", aprestad los oídos, no apaguéis las luces de la sensibilidad y de la conciencia. ■

desconocidas para el público español, como es el caso el excelente resumen sobre la teoría crítica en los Estados Unidos en su época más reciente. Lo mismo se consigue con otros capítulos, como el referente a la reflexión crítica sobre la acción social, o los relativos a la transición de la ciencia social y al interaccionismo simbólico, enmarcado en los parámetros del pragmatismo y del marxismo, con lo que consigue dar una visión subjetiva, y con lenguaje muy profesionalizado, pero con indudable profundidad y acierto, a unos problemas teórico-sociales que no sólo son problemas del autor, sino que son temas que preocupan a todo aquel que se mueva en discurso de inquietud por la ciencia social.

Quiero hacer especial mención al capítulo denominado Crisis de legitimación y capitalismo avanzado, en el que Rodríguez Ibáñez proyecta, por encima de divagaciones teóricas, sus preocupaciones.

Se trata de un brillante ensayo y ejercicio académico, a la vez que enriquece los conocimientos de todos aquellos aprendices de la sociología, haciendo al mismo tiempo una excelente aportación al necesitado acervo de la sociología hispánica. ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

La guerrilla...
"et l'amour"

Un chiste-tópico sobre los franceses propone que, hasta para disertar sobre los elefantes, comienzan diciendo: "L'éléphant et l'amour". Como para reforzar el tópico, Régis Debray, en su segunda novela (1), narra una historia de guerrilleros que pronto revela su verdadero rostro de teorización metafísica sobre las relaciones entre tan arriesgado quehacer y el "amor".

Debray, otrora más o menos enrolado en la guerrilla boliviana del Che, y cautivo algún tiempo de la dictadura militar de La Paz, amén de teorizador en varios opúsculos sobre la necesidad histórica de la guerra de guerrillas en Iberoamérica (el más difundido y mítico fue "Revolución en la revolución"), evolucionó desde su definitivo regreso a la

(1) Régis Debray, La nieve que nos. Grjalbo, 1978.

dulce Francia hacia el panegirismo de Miterrand; si bien el tema iberoamericano ya no huirá jamás de él. Hace cuatro años publicó su primera novela, "El indeseable", y públicamente hizo constar que la de narrador era una vocación que siempre le había tentado las ganas.

"La nieve quema" pretende ser la historia de una muchacha europea (austríaca, para mayor inri) que está integrada en un grupo guerrillero; los avatares la llevarán de la base logística de Cuba a Bolivia, pasando por el Chile de Allende; Debray no nos ahorra apariciones ni de Fidel ni, sobre todo, de Allende, "que intentaba lo mismo por otros medios", según frase tal vez apócrifa, tal vez no, atribuida en la novela a Guevara. El amor arrebatador por el líder del grupo, el éxtasis cósmico Amor-Revolución, parece quebrarse con el violento exterminio de la intentona por parte de los "milicos", pero la segunda parte del libro recogerá la venganza de la gue-

rrillera contra el máximo cabecilla de la represión, esta vez con telón de fondo hamburgués. El testigo-narrador será siempre el intelectual (también europeo) del grupo, fascinado a distancia por la muchacha, cómplice suyo por amor del deseo y de la convicción.

Debray pretende combinar un cierto distanciamiento "maduro" con un lirismo fogoso y férvido sobre la Revolución como destino y tarea. En general, la obra logra leerse con rapidez, porque el autor suele conseguir introducir de cuando en cuando escenas narradas con viveza, un poco a lo novela de aventuras o de espías. Pero se ve que lo que más le interesa a Debray es filosofar sobre el asunto, y ahí, lamentablemente, es francísimo, lo salpica todo de "frases felices", epigramas "lúcidos", cinismos afectados, introspecciones nunca ágiles y siempre sobrecargadas. Debray no es un novelista mediocre, pero desde luego no parece que vaya a pasar a la Historia como narrador.



Régis Debray.

Sin embargo, "La nieve quema", si le quitamos su metafísica "rive gauche", posee un encanto considerable: constituye un buen material para entender los recovecos de un cierto tipo de intelectual europeo desengañado de la izquierda clásica y volcado generosamente a la redención del Tercer Mundo. Aquella concepción del mundo, hoy envejecida en tantos aspectos, tuvo su importancia a finales de la pasada década, y sobrevive en no pocos de nuestros actos de hoy. Debray, sin explotar a fondo el análisis de lo que va de ayer a hoy y de por qué va, sugiere más de una cosa en ese sentido; pero opta al fin por la moraleja voluntarista de la acción como autorredención, por el canto al héroe que, al inmolarse, mantiene viva la fe en un mundo distinto. "La nieve quema" resulta así una curiosa mezcla de elementos indirectamente rosas y de apasionado debate sobre la identidad de quien necesita cotidianamente trabajar por aquello que se llamó, en los entonces, el Cambio. ■

MIGUEL BAYON.

COMIX

El marinero de Malta

Era necesaria la edición de "La balada del mar salado", que Editorial Nueva Frontera nos ofrece ahora en un volumen especial de 170 páginas. Era necesaria para conocer el principio de la saga de uno de los más notables personajes del "comix" contemporáneo europeo: el paradójico Corto Maltés. Cuyo talante "progresista" y justiciero, por cierto, no está todavía perfilado

en "La balada del mar salado": entre las intrigas del Capital Rasputín y la revelación del pasado del Monje, Corto Maltés queda relegado a figura secundaria en una farragosa historietita-río recargada de tramas menores y protagonistas heterogéneos. Pero es allí, en el Sur del Pacífico, donde aparece el patillado marinero de Malta que terminará sus andanzas en la batalla del Ebro como voluntario de las Brigadas Internacionales.

Vergonzoso pero cierto: las aventuras de Corto Maltés estaban casi totalmente inéditas en este país hasta que, a finales de 1977, la misma editorial comenzó a publicarlas mensualmente en las páginas de "Totem". Su autor, el italiano Hugo Pratt, al crear a "Corto Maltés" intentó dar respuesta a una serie de dilemas estéticos e ideológicos que se planteaban a dibujantes y guionistas políticamente conscientes: una historietita antiimperialista que se desarrolla habitualmente en los escenarios clásicos de las novelas de aventuras, y protagonizada por un culto vagabundo de los mares lo suficientemente amoral para no rechazar cualquier asunto provechoso y lo bastante concienciado para ponerse al lado de los oprimidos y los débiles.

Muy influido por los héroes de los relatos de Joseph Conrad, Hugo Pratt traza un Corto Maltés enigmático e irreal, pero que cobra vida al insertarle hábilmente en la historia del primer tercio del siglo XX. Corto Maltés tiende a la ubicuidad, pero normalmente Pratt atiende a la exactitud histórica del guión y la ambientación con el mismo cuidado que intercala referencias culturalistas: los personajes de "Corto Maltés" leen a Melville, Coleridge o Tomás Moro, hablan de Rilke, D. H. Lawrence o Carlo Gozzi y, a veces, hasta son contrafiguras —por ejemplo, el escritor norteamericano "Hernestway", que conduce una ambulancia en el frente italiano de la primera guerra mundial— de notables de la época.

Corto Maltés se mueve infatigablemente de Venecia al Amazonas, de la Irlanda en rebelión a las trincheras de la Gran Guerra. Movido por la lealtad hacia antiguas amistades o por el deseo de lucro, sus acciones tienen, sin embargo, unos efectos anticolonialistas. Naturalmente, dentro de unos esquemas maniqueos y



Blas Matamoro, Héctor Tizón, Horacio Salas y Mario Merlino.

Historia informal de España

El viernes 9, la Editorial Altalena presentó al público y a la crítica su colección "La Historia informal de España". El acto tuvo lugar en la librería El Pub, y estuvo a cargo del director de la serie, Blas Matamoro, y de sus colaboradores, Héctor Tizón, Horacio Salas y Mario Merlino.

"La Historia informal" lleva publicados ya cinco de los dieciocho títulos que componen su plan general. Los tomos no guardan un orden cronológico y pueden ser leídos de forma independiente. El objetivo de estos libros es narrar la vida de los españoles anónimos de las distintas épocas históricas, centrandolo el relato en la vida cotidiana y la pequeña historia de los sucesos convencionalmente llamados "históricos". Se estudian, así, las casas, las formas de vestir, las comidas, las enfermedades, los ritos fúnebres, los juegos, las diversiones, las costumbres sexuales, las supersticiones, etc., de cada época y de cada sector social.

La colección aspira a dar un retrato vivo de cada tiempo y a detectar en los detalles aparentemente más triviales la huella de la ideología. ■